

INTEGRACIÓN Y DESINTEGRACIÓN

Armando LABRA MANJARREZ

SUMARIO: I. *Introducción*. II. *La integración internacional*. III. *La integración regional, América Latina*. IV. *México, integración desintegradora nacional*.

I. INTRODUCCIÓN

Es para mí un verdadero privilegio participar en este merecido reconocimiento al doctor Marcos Kaplan, distinguido universitario que ha contribuido ampliamente al debate histórico sobre el Estado, no sólo en nuestro país, sino en otras latitudes. Las obras del doctor Kaplan se han convertido en referencia obligada para aquel que intenta adentrarse en el análisis riguroso del fenómeno estatal. Su más reciente obra *Estado y globalización* es plena muestra de ello.

Es también un honor compartir esta mesa con tan destacados universitarios, conocedores del tema de la integración, con quienes, estoy seguro, tendremos un intercambio de ideas fructífero y aleccionador.

Globalización e integración son dos puntos de un solo eje. Este eje imaginario es cruzado por el Estado. El doctor Marcos Kaplan hace un erudito análisis de la transfiguración estatal ante la globalización y su propio y natural desarrollo histórico. *Estado y globalización* es un trabajo de excelencia que no sólo nos guía hacia una reflexión profunda del momento histórico que vivimos, sino que se convierte en un verdadero detonante para acercarnos a entender en dónde estamos situados como nación y como sociedad.

De acuerdo con el doctor Kaplan, entender a la globalización implica concebirla como proceso determinante y determinado a la vez. La acumulación de fuerzas, actores, procesos y efectos son, por un lado, constituyentes y limitantes, por otro. Para Kaplan, los elementos primordiales

de la globalización son: el nuevo orden internacional; la tercera revolución industrial y científico-tecnológica; la transnacionalización; la nueva división mundial del trabajo; el proyecto político de la globalización y, por último, el modelo de crecimiento del neocapitalismo periférico. Proceso añejo y novedoso a la vez, la globalización según Kaplan “abarca e integra a la vieja y nueva internacionalización, la transnacionalización, la mundialización, y sus múltiples nexos...”.

La integración es tratada por Kaplan como una redefinición de la organización y funcionamiento del sistema internacional. Se busca una integración rápida y completa de la economía y política mundiales, en un sentido de interdependencia y cooperación crecientes, como precondition y rasgo distintivo del modelo de desarrollo. Este modelo otorga un papel primordial a las empresas transnacionales en la estructura y dinámica del sistema global y sus componentes nacionales.

Dentro de tan vasto marco conceptual, quisiera centrar mi comentario en la integración como elemento del proyecto político de los centros de poder en los polos más desarrollados del planeta, que conducen el proceso globalizador. Por sus rasgos diferenciados y por sus efectos, tal integración podría desagregarse en dos niveles: internacional y nacional, cada uno con características propias sobre la cuales quisiera hacer un recorrido somero, tratando de seguir las pautas de reflexión que me sugiere la lectura de Kaplan.

II. LA INTEGRACIÓN INTERNACIONAL

Hoy la política internacional y nacional se caracterizan por la carrera entre países por “subir al tren de la globalización” para no quedar anclados en la premodernidad, al margen de la historia. Esta carrera es impulsada por los grandes bloques geopolíticos, las empresas transnacionales, los llamados organismos “multilaterales”, la nueva división internacional del trabajo y los impulsos de la revolución tecnológica-científica. Como bien apunta Kaplan, importante en la carrera resulta el papel que desempeñan las telecomunicaciones y la informática. Redes de información, conexiones en tiempo real, intercambios de grandes bases de datos y flujos financieros virtuales, favorecen cada vez más la integración, económica, social, política y cultural entre naciones. A pesar de ello, los beneficios de la globalización no llegan a todos. Algunos quizás no lleguen a conocerlos.

Se podría afirmar que la globalización no es tal, en tanto no abarca a todos los países, ni siquiera a todas las actividades dentro de aquellas potencias que puntúan y orientan el proceso, no digamos las amplias regiones rezagadas del planeta pero, como dice Kaplan, “a falta de mejor alternativa” seguiremos usando el término.

La globalización, está demostrado, no socializa beneficios, por el contrario, predominantemente reparte pérdidas. A pesar de ello, la mayoría de los Estados nacionales destina una parte importante de sus esfuerzos en integrarse a la “era virtual” de la globalización, sin necesariamente evaluar los beneficios sociales y el impacto en el desarrollo de sus pueblos.

Se han globalizado parcialmente las telecomunicaciones y los flujos de capital especulativo. Su mayor y más intenso ámbito de cobertura se concentra en tres zonas del orbe: Asia, en particular Japón; Norteamérica, sólo en Estados Unidos; y, en la Unión Europea. Aun en esas zonas y países punteros, la llamada globalización no abarca a todos los países, a todas sus regiones ni a toda la población, prevaleciendo amplios sectores en las economías tradicionales, las economías subterráneas, la marginación social y el desempleo.

En escasa magnitud se ha globalizado el comercio. De hecho, se registra una reconcentración comercial en los bloques hegemónicos de Asia, Norteamérica y Europa, que absorben los productos de sus áreas de influencia geográfica más cercana. Tan sólo el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), implicó un aumento apenas de 15.2 a 18.0% en el volumen de exportaciones intrazonales entre 1990 y 2000, aumentando notablemente la concentración de los intercambios hacia la economía estadounidense.

Los patrones de integración internacional los determinan los propios Estados pero ya no solos, ahora lo hacen acompañados del impacto de los flujos comerciales, los megaconsorcios transnacionales y hasta el brazo invisible del mercado, quienes asignan el lugar y la función que cada país debe desempeñar.

El Estado en el neocapitalismo periférico sufre su primera transfiguración y se convierte en un elemento que impulsa la integración suprimiendo conflictos a su interior, asumiendo un papel subordinado que el nuevo orden mundial le asigna, a diferencia del Estado globalizador en los países punteros, que se asocia con entidades privadas para dictar y conducir la aplicación “óptima” de las fórmulas para integrarse.

Así, la integración internacional desvirtúa el papel del Estado en las zonas periféricas. De una posible postura de negociación y cooperación entre iguales, los Estados periféricos quedan en el sometimiento y acatamiento de las reglas del juego dictadas por los centros de poder hegemónico. Se abandona así la posibilidad de una construcción común y equitativa del futuro de todos los seres humanos.

La integración internacional avanza menos como proceso globalizante que como alineación de países, unos tras otros siguiendo al líder regional capaz de impedir o determinar el desarrollo pleno de cualquier nación en su ámbito de influencia, restringiendo una evolución cabalmente global.

III. LA INTEGRACIÓN REGIONAL, AMÉRICA LATINA

Este nivel puede apreciarse en tres vertientes. La integración de los países orientadores del proceso global resulta ser muy sólida en términos de bloques; por otro lado, la cada vez menor integración nacional entre los países que se encuentran en el neocapitalismo periférico, y, finalmente la integración polarizada, o si se quiere, desintegración, al interior de nuestros países.

Los bloques hegemónicos que conducen la globalización cuentan con proyectos de dominación y los imponen o impulsan en sus áreas de influencia. Protegen su soberanía, a pesar de que el término sea tan difuso en la era global.

Su tecnoburocracia tiene claro el rumbo y forman parte de una compleja red de control social para la creación y mantenimiento de la unidad nacional. Reivindican la defensa de su soberanía y seguridad nacional, incluso más allá de sus fronteras geográficas, como lo hacen ahora Estados Unidos y sus socios bélicos. En esa perspectiva y a pesar de las diversas voces que han declarado extinto al Estado-nación, la realidad cotidiana le torna más presente y su injerencia puede observarse cada vez más sólida en los países punteros del proceso globalizador.

Permítanme un ejemplo. El Estado globalizante determina sus propias políticas científicas, como parte de un esquema de mundialización. Sabe que la inversión en investigación y desarrollo es estratégica para poder permanecer como un eje hegemónico. Estar a la vanguardia en el conocimiento se ha convertido más que nunca en un factor de dominio global. Un Estado que no cuenta con medios para generar investigaciones de vanguardia, permanece inevitablemente subordinado.

No hay agentes distintos al Estado para realizar y conducir la tarea. El desarrollo científico y educativo es conducido y financiado por los Estados, como promotores del propio desarrollo. Invitan y apoyan estratégicamente a la inversión privada de su nación a compartir su proyecto político-hegemónico. Hoy mismo, el Estado norteamericano conduce la investigación y desarrollo de la sustitución de los hidrocarburos por hidrógeno como fuente energética con la meta específica de que los niños que hoy nacen conduzcan autos cuyos motores funcionen con el nuevo combustible, es decir, en unos 18 años. Se trata de una revolución energética profunda asentada en el nuevo conocimiento a la cual convoca el Estado del Norte sólo a sus empresas e instituciones, no a otros.

En suma, los Estados hegemónicos en la globalización tienen un horizonte político integrador, planeado en el largo plazo en el que el resto, la mayoría de países, poco podemos hacer sino asimilar los efectos desintegradores. En esa cara del prisma, donde nos ubicamos los países sometidos al neocapitalismo periférico, los mercados tienden a desplazar el desempeño de los Estados, de los gobiernos y sus políticas.

En nuestros países, el Estado pierde capacidad de manejo de la macroeconomía frente a los embates del mercado. La economía globalizada se convierte en determinante selectiva, discriminante, de los segmentos de la economía nacional y local que le apetecen. Así, nos encaminamos hacia a una dependencia asimétrica, sin capacidad de maniobra, acotada. La propia unidad interna queda restringida a los designios del poder transnacional. Las empresas transnacionales tienden a no sólo no sujetarse a las leyes locales, sino que doblegan al marco jurídico para construir un nuevo derecho internacional-mercantil. Los arbitrajes internacionales ante organismos supranacionales son un fenómeno cada vez más común en el ámbito del comercio internacional.

Es cada vez más frecuente la intervención de organismos internacionales en la determinación de políticas públicas que corresponden a la responsabilidad de los gobiernos nacionales. Se fija el rumbo, tiempos y resultados a los que hay que arribar en pos de una “certificación” financiera internacional ponderada por instituciones privadas.

Así, en los países más atrasados en el desarrollo, la integración nacional está desarticulada tanto entre naciones de desarrollo similar, como al interior de cada una de ellas, lo cual se refleja en indicadores de crecimiento económico sostenidamente precarios y de desempleo, subempleo y migración al alza, como lo muestra claramente cada año el Informe de

Desarrollo Humano de Naciones Unidas o la CEPAL, para el caso latinoamericano.

Los patrones de concentración del ingreso y la riqueza tanto en una perspectiva regional (Norte-Sur), sectorial (campo-urbes) como de clases (salario-capital), gestan la desintegración interior de nuestras economías, paradójicamente, como resultado de los impulsos globalizantes, constriñendo y fragmentando al mercado interno, en vez de engrandecerle.

La crisis económica y productiva prolongada, más la tensión social derivada de esta desintegración fragmentaria, ponen en riesgo la viabilidad y gobernabilidad de cualquier nación, así como de las vastas regiones en las que se globaliza la pobreza sin fronteras.

Pensar hoy en la integración latinoamericana pareciera un ejercicio más relacionado con el ocio que con el análisis geopolítico. No sólo han fracasado durante más de 40 años los intentos por cohesionar las economías y las culturas al Sur del Río Bravo, sino que ahora surgen desafíos aún mayores a los que obstaculizaron la brega incesante por la integración, tal como la conocimos e intentamos definir durante buena parte del siglo XX.

De la ALALC al ALCA, más de cuarenta años de acuerdos arancelarios, listas comunes, acuerdos subregionales, zonales, uniones aduaneras, pactos estratégicos, etcétera, han tropezado con dificultades internas y externas, tanto políticas como estructurales.

La presencia de presiones globalizantes ha perturbado aún más la idea convencional de la integración latinoamericana concebida como la sumatoria voluntaria de soberanías articuladas por un propósito histórico común, selladas por el pasado latino y proyectadas hacia un posicionamiento al menos relativamente autónomo en el concierto continental.

Negociar mejor hacia el Norte por hacerlo juntos sin dejar de ser naciones fue, en suma, la esperanza no escrita y malograda del proceso integracionista.

En tal perspectiva, más que una mundialización o globalización, América Latina vive hoy un proceso de norteamericanización, de propósitos lejanos a una apertura comercial al mundo y desde luego a la posibilidad de una integración latinoamericana sólida. Quedaron atrás los buenos deseos y la política del “buen vecino”.

En esa tendencia, tenemos que encarar el hecho de que con vistas al siglo XXII los teóricos de la integración estarán hablando ya no de Latinoamérica sino de Angloamérica, lo que puede atisbarse como un in-

fierno, como una zona de desastre más que un espacio de reivindicación y bienestar continental.

Por ello resulta sustancial replantear hoy una reintegración propiamente latinoamericana, ante los desafíos de un proceso de asimilación o de una franca pulverización que anule las posibilidades de configurar no digamos una postura común frente a Norteamérica, sino cualquier posibilidad de restaurar el desarrollo regional, aprovechando los impulsos de la modernidad para que sirvan al propósito de elevar los niveles de vida de la mayoría de la población en un contexto no sólo democratizante sino pacífico y habitable sin zozobra.

Podemos aprovechar el momento histórico, disipar la paradoja, y explorar una nueva instancia reintegradora común o, de nueva cuenta, lo podemos dilapidar y continuar por el camino de la asimilación, es decir, la gradual desaparición de América Latina como el ámbito geopolítico, económico, cultural e histórico que hoy conocemos, para dar paso a la norteamericanización que nos transforme en Angloamérica o en un haz disperso, desintegrado, pulverizado de extensiones mercantiles marginales de la economía norteamericana y, quizás, del mundo.

IV. MÉXICO, INTEGRACIÓN DESINTEGRADORA NACIONAL

En nuestro país se descuida la integración e integridad nacional para apresurarnos al convencimiento de que ya somos parte airoso de la globalización.

Esta ansiedad apremiante contrasta la evidencia de que permanecemos en la marginalidad del desarrollo. Los indicadores no sólo se expresan en las estadísticas sino en el deterioro de los niveles de vida que constata cotidianamente la mayoría de la población. Baste decir que en los 20 años recientes la economía creció anualmente en 2%, casi igual que la población, mientras lo hizo en 6% las tres décadas anteriores, al doble que la población. De 2000 en adelante no hemos crecido sino a la mitad que la población.

Nuestro acercamiento a la integración, como en otros países, provoca procesos desintegradores. Permítanme sólo unos ejemplos. Es ingenuo pensar que nuestro país participe y se integre en la definición de asuntos de carácter global que le atañen, como la seguridad internacional, los precios internacionales de algunas mercancías —petróleo por ejemplo— o los propios patrones de desarrollo colectivo. Nuestra sociedad se en-

cuentra cada vez más influida por valores y estilos de vida que no sólo no corresponden al desarrollo cultural de nuestro pueblo sino que lo trastocan, lo desintegran.

Nuestra economía es claramente vulnerable a las crisis financieras internacionales. Solemos padecer sus desgracias en las malas pero no compartimos sus delicias en las buenas.

El empeño por el oneroso servicio de las deudas externas e internas, aprobadas o no por el Congreso, mantiene nuestra dependencia de las ventas de petróleo, repercutiendo en un gasto público decreciente con graves repercusiones sobre nuestro desarrollo social y el de las generaciones venideras.

El sector agropecuario se encuentra en crisis, precisamente por no equilibrar ventajas y desventajas en una negociación comercial integradora, sino precisamente desintegradora, que hoy escinde a millones de campesinos para expulsarlos del mundo rural, pero sin destino. Otra vez paradójicamente, nuestros productos y productores agrícolas son desplazados de los mercados por la liberalización comercial resultado de la integración y arredra a las autoridades gubernamentales salir a defender a los productores nacionales en los foros creados expresamente para ello.

También como consecuencia de esta “integración desintegradora”, las cadenas productivas más importantes de la economía se encuentran desarticuladas, desapareciendo por entero polos de desarrollo destinados a atraer y arraigar inversión productiva directa y polarizando, en cambio, a una pequeña pero potente economía exportadora volcada al exterior, respecto a la vasta economía no competitiva, aferrada un mercado interno masivo pero decadente.

Nuestro sistema bancario, salvo por una institución pequeña, se encuentra en manos de extranjeros que han usado la integración como medio para lograr mayores tasas de ganancia, como es de esperar, pero sin cumplir su misión esencial intermediaria entre ahorradores e inversionistas, sin contribuir a financiar la producción, los servicios o el comercio, por que destinan los recursos que captan no al crédito sino a invertir cómodamente en emisiones gubernamentales. Todos lo sabemos: nada más desintegrado y desintegrador de la economía nacional que el sistema bancario.

No parece existir una política de Estado para el desarrollo de la ciencia y la tecnología, o en todo caso, responde, desintegradamente, a una vocación pública en sus recursos, pero privada en sus fines y destinatarios.

El gasto federal para la investigación científica se mantiene —no sin fluctuaciones— en torno al 0.4% como proporción del PIB en la última década, mientras los llamados “dragones asiáticos” han destinado recursos crecientes al desarrollo de infraestructura científica y de educación superior para convertirse en verdaderas puntas de lanza en la tecnología. Para poner un ejemplo, Corea del Sur aumentó 16.3% su gasto gubernamental en investigación y desarrollo, tan sólo en el último año.*

A consecuencia del nuevo orden económico mundial, la educación superior es concebida como una mercancía más, objeto de severas presiones en general y, en particular, la de los centros mundiales de poder para su gradual privatización. Nuestro país es parte de las rondas de negociaciones de la Organización Mundial de Comercio para la liberalización de los servicios, entre los cuales está incluida la educación superior, sin calibrar el impacto sobre el empleo, la ideología educativa, el proyecto nacional, el contenido y métodos de enseñanza, sin ponderar el efecto desintegrador de considerar la educación como mercadería.

No se ha informado a los mexicanos de estos acuerdos. El 31 de marzo México debe responder con una oferta de apertura a la educación superior. Las concesiones definitivas se firmarán en enero de 2005. Ignoramos no sólo el tema sino sus previsibles y graves repercusiones desintegradoras profundas.

El recuento pleno de cómo la integración al mundo global nos desintegra y nos fragmenta sería prolijo. Afortunadamente y como bien lo señala Marcos Kaplan, la globalización también tiene sus limitantes. Uno de ellos es la identidad nacional, la cual no desaparece, sino por el contrario, se fortalece en la globalidad. De nuevo, paradójicamente, la globalización tiene su primer enemigo en lo local.

La identidad y la cultura de un pueblo son barreras difíciles de construir pero resistentes ante los embates del poder global. Nuestro país cuenta con un gran capital en la cultura profunda que nos define frente al mundo.

Otra limitante que conlleva la globalización es la creciente desigualdad generada por el propio desarrollo asimétrico. El alto grado de pobreza mundial sólo tiene tres caminos, la inestabilidad social o la extinción física de una buena parte de la población mundial. Cualquiera de los dos escenarios son alarmantes como umbral de un nuevo siglo y obligan a explorar

* *Statistical Handbook of Korea*, Korea, National Statistical Office, 2002.

un tercer camino aún posible: mitigar, al menos, las desigualdades entre las regiones, las naciones, los pueblos y los individuos.

Como nos advierte Kaplan, el presente y el futuro están llenos de incertidumbre, de peligros inmediatos y de amenazas potenciales. A pesar de todo, nos dice, siempre existen opciones a problemas tan complejos como los planteados.

Tal vez, y como conclusión, frente a la globalización y sus efectos desintegradores, lo que nos urge es aprender a gobernarla, a construir mecanismos políticos y económicos que permitan acotar sus excesos, disminuir los efectos perniciosos y potenciar sus virtudes.

Entre todos, de igual a igual, necesitamos discutir como nación y como concierto de naciones un futuro legítimamente global por que sea justo para todos.